

En el Otoño

De corazón placillana

La construcción de los pueblos y de su identidad radica en sus habitantes. Placilla, el patio de atrás de la ciudad puerto, se ha constituido gracias al trabajo de personas como Olga Ugalde. Su relato nutre tanto su historia como la de su barrio.

Por Josefa Mena Gaviña

En el interior de Placilla, entre la avenida El Sauce y la calle Violeta Seitz, justo en la esquina, se encuentra el terreno de la familia. Entre nogales y pavos reales, está una de las casas fundadoras del pueblo. Pasa el viento y reviven sus recuerdos.

El patio se ve lleno de cosas. Desde piezas para autos, flores y hasta materiales de construcción, pero en una pequeña esquina entre los árboles, está la casa donde descansa Luciana González de 97 años, la primera tornera mecánica de Valparaíso.

Olga Ugalde, su hija mayor, la cuida de lunes a viernes debido a su avanzada edad. Ahí mismo, en el lugar donde la señora Doris, su partera, la recibió al mundo.



Su casa se encuentra pegada al terreno familiar. Detrás de una pequeña reja celeste se asoma la entrada de su jardín, en donde rosas y tomatillos dan vida a la tierra.

En la habitación, Olga reflexiona. Mira la foto de su padre colgada a un lado de la pared con orgullo y algo de nostalgia.

Olguita, sonriente, recolectando nueces en el lugar que la vio crecer.

Foto por: J.M.G

Sus cuatro perros: la Gotita, el Tomy, la Blaquita y el Dominó, cuidan el hogar y comparten la misma alegría que su dueña.

Olguita, como le dice su madre, es sencilla y de pelo crespo. En su rostro siempre tiene una sonrisa. Es el retrato de la abuelita que a cualquier persona le gustaría tener. Cuando mira para arriba entran los recuerdos en su cabeza y sus ojos, por alguna razón, se cristalizan.

A ella le encanta hablar, siempre revive pensamientos nuevos, buenos y malos, pero eso en realidad no importa, ella siempre sonrío. Optimista antes que todo y placillana de corazón.

Sentada en el comedor de su madre, con un chaleco rojo a tono con el mantel de la sala y con mariposas colgando de sus aretes, hace memoria hasta situarse en su niñez, reviviendo lo que fue su pueblo natal.

Me encanta placilla, yo no me quiero ir de aquí.

Recuerda su infancia con alegría, siempre en el mismo lugar. En su barrio había tan solo una casa por cuadra. En patota los niños corrieran a pata pelada para llegar a la “Poza de los Ugalde”. Una piscina creada por el estero que pasa por detrás del hogar, en donde todos aprendieron a nadar.

En esos tiempos los chiquillos pasaban jugando al aire libre, solo llegaban a comer y a dormir a la casa. Cuando llovía saltaban en los charcos de agua y cuando no, jugaban al circo, a paco ladrón y a las naciones. Detalles que llenaron su corazón.

Cuando era más lola, salían a bailar con las chiquillas a las ramadas y disfrutaban asistir a las semanas placillanas que eran planificadas por la junta vecinal del pueblo.

A pesar de esto, Olga, como siempre, rescata lo bueno de las cosas. Para ella nada puede ser tan malo.

Organización que fue dirigida por su padre, Manuel Ugalde. Un hombre que empleó parte de su vida trabajando en los ferrocarriles, pero que jubiló joven tras sufrir un accidente. Se dedicó a ser dirigente de Aguas Buenas y del club deportivo de la

zona. Principal fundador de las organizaciones placillanas, consiguiendo luz eléctrica, agua potable y una mejor movilización.

Ahí está.

En la habitación, Olga reflexiona. Mira la foto de su padre colgada a un lado de la pared con orgullo y algo de nostalgia. Gran parte de él quedó en ella, sobre todo el amor por su tierra: Placilla. Lamentablemente en 1973, en una época donde se perseguían las ideas, también persiguieron a Manuel.

Fue terrible, nos allanaron la casa.

Recuerda como todos estaban tirados en el piso, mientras los militares buscaban armas. Pero ahí no había nada, nunca tuvieron siquiera una pistola de fogeo. A Playa Ancha tuvieron que partir, alejándose del lugar que más querían.

A pesar de esto, Olga, como siempre, rescata lo bueno de las cosas. Para ella nada puede ser tan malo. Con 23 años y un hijo que cuidar, salió a la calle a trabajar. Fue costurera, peluquera, vendió verduras y hasta puso un quiosco. Para ella Valparaíso igual fue bonito.

Pasó el tiempo y en el '85 pudieron volver a su pueblo querido. Siguió trabajando en el puerto pero por lo menos se reencontró con su hogar: la casa de toda su vida.

Pero de aquí yo ya no me muevo.

Ahí mismo, en su lugar preferido, a sus 70 años, se encuentra feliz. Es una madre y abuela orgullosísima. Todo le gusta e irradia felicidad.

Siguiendo el legado de los Ugalde, fue fundadora del grupo femenino de la zona y tras el fallecimiento de su padre, continuó como dirigente del club de adultos mayores del que participa, le encanta eso y no hay nada que hacer.

Una mujer actualizada y tecnológica, enamorada tanto de la vida como de su pololo, amante de la cocina- sobre todo de los porotos-, encantada con la música antigua pero también con el reggaetón. Multifacética y de dimensiones diversas.

Solo una cosa es segura sobre la Olguita: su amor por Placilla es inagotable, pero no es una parte de su corazón, sino que es su corazón entero. Hasta el fin de los tiempos va a seguir siendo la misma, aunque todo tire para abajo ella va a tirar para arriba, y la sonrisa en su rostro ahí se va a quedar, junto a ella, en el Placilla de su corazón.